

DOY CIRCUNSTANCIAS,

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



MAS SOBRE VIENA Y HUNGRIA.

Dejamos nuestro anterior artículo pendiente de una pronta solución la cuestión vienesa. Quedaba al frente de la capital del imperio el ejército de Jellachich pronto á atacarla por todos sus flancos. Viena, sin embargo, se manifestaba entera en su resolución, disponiéndose para sostener el ataque, hasta tanto que llegasen en su ayuda los ejércitos húngaros que iban á la zaga del croata.

En los días que han mediado desde nuestro número último, han variado poco las cosas. Ha habido algunos ataques contra la población de parte del ejército del ban, pero sin que se haya em-

peñado todavía formalmente la acción. En todas las intentonas que hasta el presente ha habido, los vieneses se han portado con bizarría rechazando los ataques del croata con un valor de veteranos. Sin embargo, los que defienden la capital son en su mayor parte gente de los pueblos vecinos que no han manejado hasta ahora más que la hoz. A estos se unen los guardias nacionales y las legiones formadas con los estudiantes.

Apesar de que, como ya hemos dicho, no se sabe nada definitivo, todo hace presumir que las probabilidades del éxito están en favor del pueblo de Viena. Aunque el ejército de Jellachich es numeroso, no lo es menos el que de gente allegadiza, pero briosa y llena de entusiasmo puede oponerle la capital. Aparte de esto los ejércitos húngaros se acercan en grandes divisiones. Una de ellas de 30,000 hombres acaba de enviar dos comisarios á la dieta para manifestarla que iba á llegar inmediatamente en auxilio de la población.

Va creciendo, pues, el interés á medida que se acerca el momento decisivo. Delante de Viena se va á dar irremisiblemente una gran batalla, que como ya digimos anteriormente, cambiará el aspecto de las cosas políticas en Europa.

Lo que nosotros anunciamos en nuestro anterior artículo respecto al eco que hallaría en todos los pueblos oprimidos el movimiento de Viena, es tan cierto como que ya ha habido algunos hechos que vienen á comprobarlo. En Milan los regimientos húngaros se sublevaron apenas supieron la noticia de lo de Viena, pidiendo volver á su país á defenderlo contra los croatas. Solo han dejado dos días á Radetzky para la reflexión, pasados los cuales, por sí mismos partirán á sus hogares. En tanto permanecen acampados en las plazas y calles de Milan. Es muy probable que á estas horas haya habido algun grave conflicto en la capital de la Lombardia, del cual tienen que salir por fuerza bien parados los intereses populares. Falto Radetzky de las grandes fuerzas húngaras, ¿á dónde echará mano para sujetar el mal comprimido espíritu de aquellas poblaciones?

Por de pronto en Turin ha habido ya graves alborotos promovidos por el pueblo y los soldados que piden la guerra contra el Austria. En la Asamblea de Turin se recibió la nueva del movimiento vienes con los gritos de *¡viva el pueblo de Viena! ¡Vivan los húngaros! ¡Abajo la casa de Austria!* La ocasión es realmente muy favorable para volverse contra los desvandados ejércitos de Radetzky, que acosados á la vez por los pueblos lombardos no podrán menos de tocar retirada.

El aspecto de Italia es por lo tanto altamente satisfactorio. No es menos significativo que lo de Italia, lo que ha pasado en Francfort. Una reunion de 450 diputados de la Dieta acordó enviar una diputacion al pueblo de Viena, con el fin de felicitarle por su reciente alzamiento. Este paso de la Dieta la compromete altamente para con los poderes absolutos, que tienen en ella gran representacion; pero ya dijimos lo que sucederia de la Dieta caso de vencer Jellachich. De modo que, resuelta ó no en favor del Austria, á la Asamblea soberana de Francfort, no le queda mas recurso que adherirse sinceramente á la causa revolucionaria. Si no triunfa esta, caerá ella con la revolucion.

Mas que esto ha habido aun, á creer las noticias que traen los diarios franceses. Segun estos, se acaba de proclamar la República en Trieste y Tréveris, estados que hasta ahora entraban en la federacion germánica, pero bajo la dependencia el uno de la Prusia y el otro del Austria. No podemos garantir la noticia; pero es lo cierto que si no lo ha habido, está muy cerca de que suceda así. Nosotros lo hemos dicho ya: si Viena se salva, la revolucion correrá los demas estados como un rastro de pólvora. El resultado no podrá ser otro que la creacion de una República federativa.

Para acabar con todos estos movimientos se pinta como muy próximos á caer sobre esta parte de Europa á los formidables ejércitos rusos. Ya en otra ocasion hemos dicho nosotros lo vanos que eran los fantasmas que el temor al ruso engendraba en la imaginacion popular. Si el ruso vé que esta parte del continente se declara en favor de la revolucion, harto hará él con replegarse hácia el Norte y con estenderse hácia el Oriente en busca de pueblos mas bárbaros que él todavía á quienes poder sujetar.

En medio del movimiento general que agita al continente, solo la Francia parece haberse quedado estancada en el marasmo de la corrupcion. Nosotros, sin embargo, no podemos creer que tales sean los destinos de la Francia. Nada en el mundo nos podría persuadir de que el pueblo francés pudiese permanecer espectador pasivo de la gran lucha que se va á empezar. Su genio, su temple natural, su honor y su gloria le llaman á ser el primero en el peligro, ya que ha llevado consigo á los demas á participar de él. El compromiso de la Francia es en efecto horrible. En sus constituciones ha inscrito que se reservaba el derecho de iniciativa en la civilizacion: ¿Cómo, pues, no ha de recordar el compromiso en que ese empeño la pone?

Pueblo francés, si, tú eres el primogénito en la gran familia de la libertad. Los demas pueblos del continente habian olvidado

sus antiguos fueros y privilegios entre las cadenas que han pesado sobre la Europa en estos tres últimos siglos. Tú les despertaste de ese letargo, y no ha de ser para hacerles pasar del sueño de los tiempos al sueño de la muerte.

Pueblo francés: si fuiste tan grande cuando estabas solo contra la Europa coligada, ¿cómo ahora temes? Tienes á tu lado á la Alemania, tienes á la Hungría, y sobre todo tienes á la Italia y á la Polonia. Ponte al frente de esos pueblos, y guíalos á la victoria. Así te salvas, y salvas contigo á la humanidad.

De otro modo, ya te lo hemos dicho muchas veces, tú no evitas con bajezas tu ruina. Bien podrias pasar de nuevo por las humillaciones que te hizo sufrir en 1840 la monarquía que no te serviría de nada. La lucha entablada ahora, es el último esfuerzo de la reaccion contra la revolucion. A tí por lo tanto no te perdonarán el silencio de un dia, porque saben que aun callando, la revolucion está en tu sangre y en tu aliento, y aunque pusieses al frente de tu gobierno á Metternich, tú siempre serias la tentadora de las revoluciones. Por eso te temen, y por eso quieren aniquilarte. Eres un volcan, dicen, que es preciso apagar con sangre. Te sacrificarían toda tu generacion actual para ver si así se perdian las tradiciones revolucionarias que se perpetuan en tus familias de padres á hijos. Aunque aceptases un trono constitucional, aunque te diceses un rey absoluto, siempre te temerian y creerian que ibas á salir con otras jornadas de Julio ó de Febrero.

Por eso, pues, te lo repetimos, tu papel es ser revolucionaria. ¿No ves como la Rusia quiere ser el núcleo de los poderes que resisten? pues sé tú el núcleo de los poderes que invaden. Así, y solamente así, podrás cumplir tu mision y serte útil á tí y á los demas. De otro modo dejarás perder la ocasion propicia de desplegar la fuerza, cuando tienes á media Europa contigo, para tener que estremecerte despues á la idea de haber de defenderte sola contra todos los que te atacan. Entonces conocerás lo terrible que era el dejar á la tiranía que fuese devorando á los pueblos uno por uno y palparás el horrible aislamiento en que te ha dejado tu egoismo.

Pero no; no llegará esta ocasion. Los ecos de la revolucion de Viena te despertarán de tu letargo. Cavaignac caerá, porque es cobarde y porque ha llegado la época de los hombres de espíritu. En lugar de aquel, la Francia se dará la espada que mas le convenga para vencer y la cabeza que mejor le cuadre para gobernar. Tiene una república, ó lo que es lo mismo tiene los medios de darse lo que necesite.

¡Ay Viena! ¡ay Hungría! De vosotros pende ahora la salvacion de la Europa. Sed fuertes con el aliento que os debe prestar la circunstancia de ser las que sosteneis en la actualidad la causa de todos los oprimidos, que en todas partes son los mas. Venced á esos croatas que se han convertido en instrumentos de la tiranía: quebradlos en vuestras manos ya que no quieren conocer que vosotros trabajais, al propio tiempo que por la vuestra, por su causa.

ENSAYOS POÉTICOS

DE DON JUAN FEDERICO MUNTADAS.

Empezaré por felicitarme de que haya en el mundo un hombre tan franco como el señor Muntadas, el cual me ha remitido la coleccion de poesias que acaba de publicar, rogándome que le diga mi opinion castellanamente y sin rodeos, con la condicion de que no he de disimularle ningun defecto. El señor Muntadas ha dado en este paso la mayor prueba de talento, porque solo á los tontos es dado el engreirse con los elogios solicitados y que muchas veces se conceden á la amistad ó á una carta de recomendacion, y con poca frecuencia al verdadero mérito. Hemos llegado á una época en que todo se aplaude, no hay conciencia, no hay crítica, y á este estado de abandono mas que á todo, se debe la vergonzosa decadencia de nuestra literatura; porque cuando los críticos, desatendiendo la mision de su sacerdocio, recomiendan todo lo que vé la luz pública, con razon ó sin ella, pervierten el gusto del público y el de los que se dedican al cultivo de las letras presentando como modelos esas obras que el buen juicio de los hombres debia arrojar á la hoguera como hacian los partidarios de la fé con los libros de los hereges.

Pero puesto que el señor Muntadas es tan franco que desea saber mi parecer sin circunloquios ni rodeos, voy á cumplir á un tiempo con la doble obligacion de crítico y de amigo personal, manifestándole lisa y llanamente lo que siento respecto á la coleccion de poesias que dicho señor acaba de publicar bajo el título de «*Ensayos poéticos*»; título modesto que revela talento en el autor por dos razones: la una porque el señor Muntadas se presenta sin pretensiones, y la otra porque realmente el libro que estoy ojeando solo debe considerarse como *ensayo*. Bajo este punto de

vista es como puede disculparse al señor Muntadas la mala tentación que ha tenido al publicar sus versos, y es posible que no los hubiera publicado, si hubiera consultado mi opinión en tiempo oportuno, y no ahora que como suele decirse, está hecho el daño.

Verdad es que para los que tenemos el gusto de conocer al señor Muntadas, hay algunas razones que disculpan sus defectos como poeta. La universalidad de conocimientos es dote bien rara en el mundo, y dicho señor, permítame que se lo diga, ha querido abarcar mucho, lo que es bien difícil, y esto en poco tiempo, que es mas difícil todavía. Un joven que se dedica á un tiempo á la poesía y á las matemáticas, á la jurisprudencia y á la música, al comercio y á las lenguas, etc., tiene que parecerse forzosamente á esas mariposas que parecen obstinarse en recorrer todas las flores de un inmenso jardín: ó no han de recorrerlas todas ó han de marcar una huella demasiado ligera en cada una. Hé aquí lo que le pasa á mi amigo el señor D. Juan Federico Muntadas, y lo que realmente me pasma es, que en medio de sus grandes defectos, pueda ofrecernos algunas bellezas. Pero aun me pasma otra cosa mas que todo eso, y es que este señor, que algunas veces hace buenos versos en castellano, los sabe hacer igualmente buenos en francés, en italiano y en inglés, siendo muy difícil asegurar cuál de estos idiomas escribe con mas propiedad. Esto es lo que no consta en el libro del señor Muntadas, y lo que yo quisiera que constase para que todo el público pudiera apreciar su talento debidamente como lo aprecio yo, y me parece que sino estoy hablando como un Séneca, estoy por lo menos hablando como un crítico justo y como un amigo leal.

El libro del señor Muntadas consta de dos partes: la primera comprende las poesias originales del autor, y la segunda es de traducciones de varios idiomas. No podré detenerme á hacer un examen de todo el libro, porque es bastante voluminoso, y porque mi reducido papel no consiente otra cosa; así es que me veo en la precisión de reasumir todo lo posible mi pobre dictamen. He dicho que el señor Muntadas no hubiera publicado sus poesias á haberlo consultado antes conmigo; y en efecto, creo que ninguna prisa le corría á dicho señor el dar á la imprenta esa coleccion de composiciones, de las cuales se puede decir que no hay una que no sea incompleta, sobre todo por la flojedad y desaliño de la forma. No necesitaré rebuscar ejemplos para demostrar la verdad de lo que digo: me bastará copiar la primera estrofa de la primera composición del tomo, composición que el señor Muntadas dirige ó dedica á su musa:

No mas — La suerte impia
de tí me aleja con rigor *porfiado*.
El tan temido dia
ya por fin ha llegado.
Enmudezca mi voz, *lo ordena el hado*.

No es esta sin embargo la peor estrofa que podria citarse, ni pertenece tampoco á la composicion mas endeble que hay en el tomo. Si tuviera tiempo y espacio suficientes, copiaría muchos versos en que no es el ripio la cualidad mas desfavorable, sino lo rebuscado del consonante, la languidez, la falta de gusto literario. Pero tampoco quiero decir que todo el libro adolezca de los defectos que voy censurando, y ya que he tenido á mano un ejemplo desfavorable al poeta, sería demasiado rigor no citar una cosa buena entre las muchas que su libro contiene. Allá van unas estrofas de la mencionada composicion que el señor Muntadas dedica á su musa.

Por tí naturaleza
desplegó ante mis ojos noblemente
la esquisita belleza
que el vulgo de la gente
contempla con mirada indiferente.

Tal vez tras larga ausencia
volveré á tu mansion de almo sosiego;
mas con dura inclemencia,
tal vez sorda á mi ruego
me niegues tú del entusiasmo el fuego.

Por último, para que no se me diga que peço de descontento, copiaré aquí una composicion entera en que se ve espontaneidad y gusto. Verdad es que esta composicion pertenece al género, que en mi concepto podria cultivar con mas fruto el señor Muntadas. Dice asi:

SED DE ORO.

Hoy tengo un humor que rabio,
y sin embargo eso es bueno;
la risa vaga en mi labio,
buen Octavio.

Está mi rostro sereno,
este es achaque muy mio.
Hay quien sabe,

sin que yo de ello me alabe,
que estoy peor cuando rio,
que cuando me nuestro grave.

Soy de fatal condicion,
mi risa tiene busilis;
rara vez del corazon

su intencion
procedió, si de la bilis.

Es carácter: cada cual,
bien arguyo,

ha nacido con el suyo;
este es el mio, cabal,
y aquí la estancia concluyo.

Si envidioso, si egoista,
es el mundo en que me encuentro;
sino hay alma que resista

à la vista
que nos ofrece por dentro.
¿Tengo de hacer de Verónica
yo por él?

No me cuadra este papel;
sufra mi risa sardónica,
y de mi pluma la hiel.

En el hombre ha muerto ya
aquel noble pundonor
que vida inmortal le dá :

eso vá
de cada dia peor.

Ofuscada por mi brillo,
en mal hora,

tan solo un ídolo adora:
à ese metal amarillo,

que es la caja de Pandora.

El interés, la avaricia,
la ambicion desordenada,

à todas las clases vicia :

¡qué delicia!

Virtud y saber son nada.

«Oro mil dichas procura,»

¡qué contienda!

Grita el hombre, voz horrenda:
el mundo se me figura

de negros una merienda.

«Oro quiero,» con violencia,
clamaba ayer tarde Antonia,
no me importa, y mi conciencia,
¡qué imprudencia!

Que se la lleve el demonio.

¡Y cuánto Antonio en el mundo!

causa enojos

ver como siembran despojos

uno, dos.... mil, me confundo ;

prefiero cerrar los ojos.

Y el mundo sigue en su giro

y ¿dónde vá de este modo?

El alma exhaló un suspiro;

no me admiro,

pues soy hombre antes que todo.

En vano oculta el pesar....

es decir,

que yo me he de reprimir;

que es de estúpidos llorar,

cuando se debe reir:

Miremos y sonriamos:

está el mundo linda cosal

¡y eso que en distintos ramos

progresamos

de una manera asombrosa!

La muger indiferente

hoy aviva....

mas vale que no le escriba;

tambien ella se resiente

de la marcha progresiva.

Pretende obtener la palma:

temiendo que mil abismos

abra una pasion al alma ,

con gran calma

está trazando guarismos.

Muger sé yo de la Bética

(y me duele

que la sangre se revele),

que sabe mas aritmética

que Arago y que Mangiamele.

¡Y cuántas así, mal haya!

una, dos, tres, cuatro cinco
eso ya pasa de raya.

Ea, vaya,
ceda en contarlas mi ahinco.
¡Ellas tambien! ¿un suspiro?

¡Qué bobada!
Si á mí no me importa nada:
todo impasible lo miro;
soltemos la carcajada.

Ahora que he dicho, aunque muy en globo, todo lo que encuentro de bueno y de malo en los ensayos poéticos del señor Muntadas, comprendo que me pueden hacer una pregunta de difícil contestacion al parecer. Si en efecto, en las composiciones del señor Muntadas hay cosas tan buenas ¿por qué habia usted de oponerse á su publicacion? Esto es lo que se me dirá; alla va lo que yo contestaré en tal caso. El señor Muntadas tiene talento; puede aspirar á ocupar un lugar distinguido entre nuestros poetas, y por lo mismo que yo encuentro en él dotes suficientes para figurar en el parnaso español, quisiera que no hubiera dado á luz obras que él mismo se arrepentirá algun dia de no haberlas condenado á perpetuo olvido. En general, observo en este señor que tiene imaginacion, que sabe salpicar sus producciones de pensamientos originales, y manifiesta muy buen juicio en la naturalidad é hilación de sus conceptos; pero observo tambien que la forma corresponde pocas veces á la idea; sus imágenes tienen gracia, pero estan, por decirlo asi, *á la negligé*, y aunque yo no soy de los que quieren que una dama sea bella á fuerza de colorete y bandolina, confieso que me quita toda la ilusion una belleza cuando la veo con cada pelo por su lado, el pañuelo torcido y los zapatos en chancleta. El señor Muntadas apreciará como guste mis observaciones: ellas son dictadas por un designio laudable, y ojalá quiera dicho señor aprovecharlas, seguro de que pocos le hablarán con tanta lealtad, y que no todos harán tanta justicia á su buen talento. Fáltame decir que el libro del señor Muntadas está bien impreso; pero creo escusado decir nada sobre este punto, porque el mayor elogio que puedo tributarle, es decir que se ha hecho en la imprenta de *La Publicidad*.

LOS RUSOS.

Dicen que vienen los rusos
por las ventas de Alcorcon...
y los rusos que venian
eran cargas de carbon;
lairon, lairon.

¡Qué tremendo está el *Heraldo!*
¡qué furibundo! ¡qué atroz!
¡qué decidido enemigo
de la libertad, gran Dios!
Cualquiera al ver sus columnas
brotando sangre y rencor
dirá que espera la vuelta
de la santa inquisición.
¿En qué fundará el *Heraldo*
esa esperanza feroz?
es que se acuerda sin duda
de aquella linda canción.
Y canta con entusiasmo
porque tiene buena voz,
«dicen que vienen los rusos
por las ventas de Alcorcon.»
A lo cual haciendo el duo
suelo responderle yo,
«y los rusos que venian
eran cargas de carbon.»
lairon, lairon, lairon.

No te trastornes, *Heraldo*;
te lo pido por quien soy
si es que te queda una pizca
de lo que llaman razon.
Ten, para tu mal, presente
que ya aquel tiempo pasó,
de esclavitud vergonzosa,
de ignominia y de baldon.
Aquél derecho divino
que un tiempo al mundo engañó,

va como el Judío errante
 por esos mundos de Dios.
 Perdido está para siempre;
 no le llares con candor,
 que no volverá aunque reces
 un responso á san Anton.
 Si acaso te has vuelto loco
 al pensar que en tu favor
 han asomado los rusos
 por las ventas de Alcorcon;
 nota bien que como antaño,
 puedo responderte yo:
 «y los rusos que venian
 eran cargas de carbon,
 lairon, lairon.»

No diré yo que no vuelva
 el despotismo feroz
 cuando por falta de aceite
 se apague la luz del sol.
 Pero el siglo diez y nueve
 ya el despotismo abatió
 y no pasarán seis meses,
 seguro del hecho estoy,
 sin que el pueblo sus derechos
 recobre como es razon
 en la Rusia como en Francia
 y en Milan como en Frankfort.
 ¡Pobre *Heraldo!* ya del Austria
 la tirania vá en pós
 del altivo y fugitivo
 y abatido emperador.
 Y no debes engreirte
 cantando cual cantas hoy,
 «dicen que vienen los rusos
 por las ventas de Alcorcon.»
 Porque siempre estoy dispuesto
 para contestarte yo:
 «y los rusos que venian
 eran cargas de carbon,
 lairon, lairon.»

Picante estás cual pimiento,
y te juro sin pasion,
que ya pareces guindilla
por tu escesivo picor.
La alegria inesplicable
contemplando absorto estoy,
con que recibes las nuevas
que forja la reaccion.
Es decir, las nuevas malas
que con ardiente fervor
en favor del despotismo
inventas sin ton ni son.
Para tí, ya no hay escape,
la libertad sucumbió
y en verdad no te agradezco
lo sano de la intencion.
Mas ya que con tanto ahinco
para aliviar tu dolor
dices que vienen los rusos
por las ventas de Alcorcon ;
para que no te solaces
debo responderte yo,
que los rusos que venian
eran cargas de carbon,
lairon, lairon.

Seis meses te he concedido
para ver, seguro estoy,
alzarse en toda Alemania
de los libres el pendon.
Tambien la Italia oprimida
podrá levantar la voz
sin temor de que la ultrage
ningun déspota coscon.
Antes saldrá, no lo dudo,
la Francia de su estupor
y acabará para siempre
con los siervos de Guizot,
sin que subsista en su seno
ningun falso servilon,
ningun apóstata infame ,
ningun general traidor.

Y cuando llegue este caso
 puedes decir, voto á brios,
 que ya se acercan los rusos
 por las ventas de Alcorcon.
 Pues con inspirado acento
 sabré responderte yo,
 que los rusos que venian
 eran cargas de carbon,
 y lairon, y lairon,
 viva la Constitucion.

ANACRONISMOS.

—¿Qué dices de bueno, amigo Juan Lanas?

—Digo señor, que hay muchos anacronismos en España, y que debia usted combatirlos antes que venga el cólera y se coagule con ellos para acabar con nosotros.

—Tienes razon en parte, y en parte no, amigo Juan. No me pidas mas esplicaciones que no tengo humor de dárte las; pero ya que desees que se castiguen los anacronismos, cítame uno y verás si le doy un varapalo que se chupe los dedos.

—Ahí tiene usted por ejemplo las órdenes militares. ¿No son verdaderos anacronismos?

—Algo hay de eso, amigo Juan, algo hay de eso. Efectivamente, la gente que hoy manda ha cometido muchos errores, y entre ellos puede figurar en primera línea la pretension de resucitar las antiguas órdenes militares. Apenas hay un danzante de la moderna escuela política que no haya anhelado engalanar su pecho con una de las insignias que distinguian en otros tiempos á los caballeros de pró.

—Eso puede consistir tambien, en que algunos que carecen de valor real desean tenerlo prestado, y como dicen por mi tierra, de quita y pon.

—Hablas, amigo Juan, como si tuvieras inteligencia; pero creo sin embargo que tienen menos talento que tú, los que no teniendo virtud propia para distinguirse, piden auxilio á las preocupaciones que ya pasaron.

—Diga usted, señor, ¿no es verdad que las tales órdenes pueden pasar por anacronismos?

—Ya te he dicho que hay algo de eso, amigo Juan, y te lo re-

pito, porque las tales órdenes militares, á las que tantos eminentes guerreros debe la Europa, no eran otra cosa por su institucion que *comunidades religiosas de monjes cistercienses: verdaderos frailes*, cuyo titulo conservan aun. Estos estaban sujetos á las reglas y preceptos monacales, aunque obligados á empuñar la espada y la lanza y á encapillarse el armamento sobre la cogulla.

—Luego es muy raro, señor, que se couserven las órdenes habiéndose acabado los frailes.

—Justamente, y sobre todo, el decreto que suprimió los frailes debia haber comprendido tambien á las órdenes militares, porque yo pregunto con formalidad: ¿Qué objeto pueden tener las tales órdenes entre nosotros? ¿Quedan todavía en España moros que combatir? Yo creo que no, aunque no por eso dejo de creer que hay moros en la costa.

—Sin embargo, señor, creo que esos señores cruzados debian tener ocupacion á propósito ya que se empeñan en pintar la....

—Sí, pero en ese caso nada tienen que hacer en Madrid ni en las provincias de España donde no hay moros. Ya que esos señores en el hecho de ordenarse parece que se comprometen á combatir moros, podian irse á Velez de la Gomera, Ceuta, Alhucemas, Melilla, las Chafarinas etc. que son los puestos donde hacen falta mientras subsistan esos cuerpos de guerreros tonsurados, llenando dignamente los deberes de su institucion. Para alimentar una racional emulacion en aquellos presidios, pudiera confiárselles haciendo una prudente distribucion: por ejemplo, podria observarse el orden de la suerte ó el de la antigüedad. Yo pondria v. gr., las Chafarinas y el Caracol, con sus adyacentes, al cuidado de la insigne orden de Santiago. A la de Calatrava la echaria yo á Melilla, la de Alcántara á Alhucemas, y asi digo de las demas, lo cual ofreceria un motivo justísimo para que se respetaran esas insignias debidas hoy, como otras muchas cosas, mas al favor que al merecimiento.

—Dígame usted, señor, ¿y cree usted que eso podria reportarnos alguna utilidad?

—¿Pues no he de creerlo? Las cuatro órdenes reunidas podieran darnos una colonia para el establecimiento mandado formar, y que ya existió antes al Sur del imperio marroquí, frente á las Canarias, y aun avanzar un destacamento á nuestra posesion de Guinea. Allí se verian ennoblecidos esos pechos, con tal que ellos supieran ennoblecer sus distinciones con sus servicios. La orden de Malta ó de Jerusalem, encargada en su última época solo de empresas marítimas, y que ya no puede tener ocupacion en el

mediterráneo desde que reina la paz y concordia entre fieles é infieles, ó sea entre el Papa y el Sultán, podría aprovechar un gran campo de gloria que se la ofrecería en la coyuntura que para llevar á cabo su mision guerrera, la ofrece el Oriente.

—Diga usted, señor, ¿y ese Oriente es el teatro de Oriente?

—No digas majaderías, Juan, mira que te vas haciendo intolerable. El teatro de Oriente está bien como está, aunque siempre estaria mejor si se llevaran á efecto las mejoras propuestas por el señor D. Juan del Peral, tu tocayo en el nombre, aunque no en lo demas, pues ese señor D. Juan tiene dadas pruebas de mas talento que tú. Pues como iba diciendo, si los caballeros de la orden de Jerusalem quisieran hacerse dignos de la orden á que pertenecen, no faltan musulmanes piratas á quienes deberian refrenar y perseguir; y asi como la España cedió la Malta para aquella orden en feudo (que no ha recobrado, entre paréntesis, ni reclamado, y sea dicho tambien para nuestra vergüenza entre paréntesis), del mismo modo podría concederse á la susodicha orden un establecimiento en nuestros archipiélagos filipínicos, para satisfaccion suya, gloria de Dios y del Estado y bien de la humanidad. Ya ves tú cuántas cosas necesitarian hacerse para desterrar uno solo de los anacronismos que estamos viendo.

—Pues me temo mucho, señor, que siempre tendremos anacronismos, porque aqui, donde tantas cosas perjudiciales se hacen, desconfio yo mucho de que se lleve á cabo un pensamiento bienhechor, aunque ofrezca pocas dificultades. Por eso creo yo que el teatro de Oriente se quedará como estaba, y que el otro Oriente de que hablaba usted no tendrá nada que echar en cara al Occidente.

—El Occidente es el que no tiene nada porque criticar al Oriente. Esto parecerá exagerado, pero es una verdad aqui y en Valladolid.

ADVERVENCIA IMPORTANTE.

Los señores suscritores de la *Prensa* á quienes hemos enviado nuestro periódico para cubrir los compromisos de aquel, tendrán presente que nuestra obligacion respecto á ellos, cesa á últimos de este mes; por consiguiente, los que gusten continuar suscritos á *D. Circunstancias*, tendrán la bondad de avisarlo con tiempo para remitirles nuestros brochazos, juntamente con el magnifico retrato del general ESPARTERO grabado en acero, que afortunadamente hemos podido repartir ya á nuestros suscritores.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.

Imprenta de D. J. Llorente, calle de Alcalá, número 44.